

los movimientos más recónditos, a las intuiciones más leves, puede ser en algunos momentos, oscura. Los que temen a la oscuridad en poesía no suelen poner gran atención en la que tienen por poesía clara. De diez veces que se pida a un oyente de mediana atención cuenta de unos versos que ha oído, las nueve no sabrá darla bien cumplida, como no sea un trozo narrativo. Toda poesía no es, pues, evidente. Más bien cabría decir que toda poesía es oscura.

La oscuridad que se atribuye a la de Juan Ramón Jiménez viene de su concentración misma. Pero esa misma oscuridad es luz en cuanto se sitúa a la poesía en su atmósfera. Lejos de condicionar la visión al detalle, como los parnasianos, ilumina un rincón

del alma para que cada cual vea dentro de sí.

Las antologías de Juan Ramón Jiménez no van, por cierto, de la luz a la sombra. Van de la sencillez juvenil que capta un matiz sólo de una emoción, a la sencillez madura que recoge en un breve como una densísima esencia. En ellas hay un elemento que, efectivamente, desconcierta al lector no prevenido y contribuye a la sensación de oscuridad: la maraña, al parecer, de títulos, de números, de paréntesis; la ortografía caprichosa de ciertas palabras. Pero este es el Juan Ramón adjetivo, el marco oscuro de la poesía que puede encuadrar el más luminoso paisaje del espíritu.

E. DÍEZ-CANEDO.

(*La Nación*, Buenos Aires).

## 2) Polémica

### Aclaración innecesaria

(Véase el número 8 del tomo en curso)

NUNCA pude presumir que las inofensivas «divagaciones» de un mi amigo, con quien hago oficio de amanuense y tal vez comentarista para este periódico, pudieran resultar ofensivas hasta el punto de provocar nada menos que una *Defensa de los Estados Unidos*. El paladín espontáneo de este país mamut contra los ataques hipotéticos de mi amigo es el súbdito norteamericano Mr. Waldo Frank, escritor penetrante y muy personal, a quien sinceramente admiro.

Como Mr. Frank se dirige a mí, asumo el grato deber de la réplica, no sólo por imperativo de cortesía y hospitalidad, sino también en atención a mis lectores habituales, pues cuando una inteligencia tan clara como la de Mr. Frank no acertó a entender con exactitud, débese, sin duda, a deficiencia mía en los medios de expresión, ya que no pertenezco a la escuela expresivista, en la cual se concentra, después de todo, la esencia del gran arte, según las últimas y fidedignas noticias confidenciales de Calatayud y Fez.

Yo mismo me sorprendo y sonrío de verme en este trance, como requerido a excusar el supuesto ataque a un pueblo al cual por razones intelectuales respeto y por motivos sentimentales amo.

Mr. Frank, al sentirse movido a impugnar mis dos folletones titulados *La libertad económica*, ignoraba la publicación de otro anterior, con ellos estrechamente ligado, *Un viaje con*

*Mentor*. Repito ahora algo de lo que en este folletón se dice:

«Figuremonos hacer un viaje imaginario a los Estados Unidos. Al embarcarnos en la nave ideal de la imaginación, no nos lanzamos a la conquista de la libertad física, sino de la libertad de pensamiento. Vamos a los Estados Unidos, en busca de nuestra actualidad íntima. Caigamos en los Estados Unidos a fin de conocer algo de España». Pienso que estos conceptos reiterados son bastante expresivos. Se trataba, meramente, de tomar los Estados Unidos, en una y la más aparente de sus facetas, como pretexto, estribo, punto de arranque, en el propósito de discurrir acerca de España. No era mi intención desentrañar la complejidad intrínseca de esa gran nación, ni mucho menos dictar fallo sumario. En España nos hallamos en los preámbulos de un nuevo régimen. Se supone, de buena fe, que toda la novedad ha de consistir señaladamente en que ciertos inéditos hombres honrados vengán a ocupar los mismos puestos que antes detentaban unos políticos inmorales. Yo discrepo de este criterio. El principal pecado que se les achaca a los políticos derrocados es el de inmoralidad. Yo pienso que pecaban de estupidez, y más aún, aversión a la inteligencia. Tengo para mí que lo que teóricamente, en España y fuera de ella, se llama régimen político, no es sino la película externa del régimen social, y a éste obedece como la epidermis al músculo

(imagen de que me vengo sirviendo hace años). Reputar como la inmoralidad por excelencia la laxitud económica es aberración ética en que fatalmente incurre un régimen social donde, ante todo, los valores humanos se estiman, o aprecian, por su precio o rendimiento en dinero. (En mi sentir, la ética se cifra radicalmente en lo vital perdurable, que no en lo convencional transitorio. Un hombre poco escrupuloso en materia de convenciones económicas puede ser un hermoso ejemplar ético y biológico; fuerte, progresivo, inteligente, bravo, veraz, generoso, amante, fiel a su compañera, buen educador de la prole. Por el contrario, un hombre dúctil y sometido a las convenciones económicas puede ser regresivo, artero, estulto, hipócrita, frío de corazón, adúltero profesional, padre indiferente. Y sin embargo, al primero se le califica de canalla; el segundo pasa por caballero muy moral. En lo político, considero como la menos grave la inmoralidad de orden económico). Dondequiera que impere aquel régimen, se ofrecerá la frecuencia de este tipo de inmoralidad. Y cuanto más desarrollado tal régimen, más numerosas y de mayor cuantía las inmoralidades económicas. Yo, por mi parte, no recuerdo en España inmoralidades político-económicas de la magnitud de otras tales perpetradas en Francia, en Inglaterra, en los Estados Unidos, que hubieron de ocasionar escándalo en todo el mundo. La inmoralidad económica es el corolario inevitable de la libertad económica; no vicio de un régimen político determinado, sino determinismo de un régimen social, el régimen capitalista. Y con esta opinión (sobremana falible y quizás poco expresionista) cerraba yo mis folletones sobre la libertad económica.

España tiene algo de común con el resto de los países cultos. En casi todos los países cultos de la tierra domina hoy, en diferentes estadios de evolución, el régimen capitalista. El derecho positivo y la fuerza activa del Estado son ministriles suyos, ¿Por qué me he fijado, como dechado y paradigma, en los Estados Unidos, antes que otra gran nación más próxima? Primero, precisamente por eso, por preferencia de perspectiva. La lontananza simplifica la realidad hasta un sobrio perfil sintético. Luego, porque por consenso, que yo creía unánime, está admitida la noción de que en los Estados Unidos el régimen capitalista ha obtenido mayor plenitud y dado de sí frutos más característicos que en parte alguna, y por lo tanto allí los principios y las consecuencias de la libertad económica se dibujan en un esquema de rasgos más obvios, más netos. Y a esto se refiere, a lo